



Escritos de Psicología

número 1 · 1997

HISTORIA Y PSICOLOGÍA, ¿UNA NUEVA ALIANZA?

Alberto Rosa Rivero
Universidad Autónoma de Madrid

¿Por qué este título? Parece que las dos disciplinas que se evocan, la psicología y la historia, después de haber pasado un periodo de relación mutua en el seno de los estudios humanísticos se han independizado y alejado una de la otra para —algunos arguyen— mayor ventaja de cada una de ellas. Si hacemos caso a lo que algunas visiones de la Historia de la Psicología nos señalan, diríamos que ello ha permitido a la Psicología alejarse del abrazo de oso de la especulación propia de las humanidades y convertirse en una ciencia natural. El buen uso del método (como decía Descartes) científico habría, entonces, hecho posible aproximarse con paso firme al ideal de ser capaz de explicar, controlar y predecir la conducta y, lo que es más, incluso a penetrar en lo que parecía ser *sancta sanctorum* de la individualidad: escrutar en los mecanismos ocultos de la *caja negra* skineriana a través de los recursos que ofrece la moderna psicología cognitiva.

La historia, por su parte, en su concepción moderna, iniciada por Vico y Herder, y los desarrollos que en ella se han producido en nuestro siglo de mano, por ejemplo, de la Escuela de los «Annales», o de personalidades como Foucault o Hayden White, ha desarrollado, también una metodología propia y separada. Pero la influencia de algunos desarrollos recientes, tales como los de la llamada narratología, en la que la influencia de la filosofía de Paul Ricoeur es muy importante, hace que la historiografía reciente vuelva a ser de interés para los psicólogos.

En rigor, ya no se puede decir que la psicología sea una ciencia *joven* que todavía esté en sus primeros pasos, pues tiene una edad parecida a la de muchas otras y, además, dispone de un caudal de conocimientos y técnicas aplicadas positivamente valiosas y valoradas por el entorno social en el que se desenvuelve. Si nos fijamos, por ejemplo, en el dinero público empleado en la for-

mación de psicólogos, en la cantidad de puestos de trabajo que éstos desempeñan en la sociedad (siempre insuficientes desde el punto de vista de quien pretende aspirar a ellos), o en el copioso uso de categorías psicológicas en nuestra cultura, podremos concluir que ya no se trata de una profesión incipiente ni que deba de estar preocupada por el mantenimiento de su identidad.

Esta seguridad en lo que hacemos los psicólogos, el hecho de haber pasado ya nuestra crisis de identidad adolescente —previo asesinato de nuestros padres epistemológicos del pasado, si se me permite la expresión— hace que ya no nos resulte arriesgado abandonar las trincheras de defensa de nuestra científicidad y salir a pecho descubierto al campo a otear lo que otras disciplinas pueden ofrecernos para desarrollar la nuestra propia. Este es uno de los temas que aquí pretendo desarrollar.

Puede decirse sin exageración que ya nadie bien informado cuestiona seriamente el carácter científico de la psicología. Lo que sí parece estar poniendo en cuestión es la rígida separación entre ciencias y humanidades que estableció Comte hace ya cerca de dos siglos. Desde el santuario de las propias ciencias naturales Ilya Prigogine, premio Nobel de física, en su libro *La Nueva Alianza* (Prigogine y Stengers, 1984) llama la atención sobre la necesidad de superar el abismo abierto por la rígida separación positivista. Desde su punto de vista, los métodos de las ciencias naturales tienen serias dificultades para dar cuenta de la temporalidad del conocimiento. El ideal platónico (o cartesiano) de buscar la esencia de las cosas de la naturaleza y de ofrecer modelos claros y distintos sobre las leyes que, con exactitud y belleza geométricas, regulan el funcionamiento de la máquina universal, parece a duras penas resistir los embates de los juicios que la historia ejerce —siempre *a posteriori*— de los logros epistémicos de cada época. Objetos naturales tales como el éter, el flogisto, o el modelo del átomo desarrollado por Bohr, una vez tenidos como objetos reales, no son ahora sino reliquias en el archivo de antigüedades del pasado. A juicio de Prigogine la ciencia, como cualquier otro producto de la acción humana, no puede volver la espalda a su historicidad inmanente. Según él no es posible disociar los productos del conocimiento de la naturaleza de los sujetos cognoscentes y de la propia historicidad de éstos. O dicho de otra manera, si los conocimientos producto de la acción de los científicos son una cara de la moneda, la otra la constituyen los propios modos de acción de los científicos como sujetos humanos históricamente situados que la producen esos conocimientos. Esta tensión es la que le hace reclamar esa *nueva alianza* entre ciencias naturales y ciencias sociales, y, aún más, entre ciencias y humanidades. Una de las facetas de esta nueva alianza

sería obviamente el desarrollo de una psicología de la ciencia.

Si uno es psicólogo y, al mismo tiempo, historiador de la psicología, no puede dejar de sentir en propia carne esa tensión entre lo sincrónico y lo diacrónico, entre la atemporalidad y la historicidad, entre Parménides y Heráclito, entre Platón y Protágoras, entre una concepción de la ciencia como descubridora de lo que es la realidad realmente (las leyes inscritas en el Boletín Oficial del Cielo) y otra que la concibe como discusión permanente sobre la interpretación de la experiencia. Si la tensión que se establece no es ya entre una ciencia cualquiera y la interpretación psicológica del proceso de su producción a lo largo del tiempo, sino entre la psicología y la propia interpretación psicológica de su producción puede entrarse en un juego de espejos creador de innumerables tensiones e implicaciones de cara a la propia construcción del discurso psicológico. Este es el tema que pretendo explorar aquí, las tensiones, los requerimientos, las aportaciones que los historiadores pueden hacernos a los psicólogos, las que los psicólogos podemos hacer a los historiadores y, subsidiariamente, qué papel podemos cumplir los historiadores de la psicología en este entrecruce de intercambios.

En términos muy generales puede decirse que hay dos maneras de introducir la temporalidad y la historicidad en psicología. Una se refiere a la temporalidad del mismo sujeto psicológico; es decir, cómo explicar el modo en el que el pasado de los individuos puede servir para explicar su conducta actual y futura. Mientras que la segunda se refiere no ya a lo que se estudia —el fenómeno humano—, sino a los problemas teóricos y metodológicos a los que se enfrentan las disciplinas que tratan de escrutarlo desde distintos puntos de vista.

Si nos fijamos en el primer tipo de aproximaciones psicológicas, podríamos decir que perspectivas tales como las sostenidas por la Gestalt, el conductismo o la psicología cognitiva han echado mano de conceptos tales como la huella neural, los hábitos, o los esquemas, *scripts* o *frames* para tratar de dar cuenta del modo en el que el pasado deja su huella en la conducta del presente y como desde éste se puede intentar predecir la conducta futura. Pero estos enfoques, aunque buscan introducir la temporalidad en la explicación psicológica no se aplican la temporalidad a sus propios productos, ni están preocupados en establecer una relación entre lo que la historia, como disciplina, puede ofrecer a la explicación psicológica, pues los propios mecanismos psicológicos que se invocan son concebidos como si tuvieran un carácter transcendental, atemporal.

Otras aproximaciones, sin embargo, sí tratan de establecer una relación simbiótica entre la Historia y la Psi-

ciencia como formaciones discursivas, como ámbitos disciplinares que ofrecen conocimientos distintos que pueden enriquecerse mutuamente. Es este segundo aspecto el que aquí me interesa destacar.

La relación entre Historia y Psicología es muy antigua y ha sido explorada de muchas maneras. Recordemos, por ejemplo, a quien suele ser considerado como el fundador de la psicología experimental. Wilhelm Wundt señaló que todos los procesos superiores, los que hoy denominamos procesos cognitivos (atención, memoria, lenguaje, pensamiento, etc.), no podían ser estudiados con un método exclusivamente experimental. Ello le llevó a escribir una voluminosa obra denominada *Psicología de los pueblos* en la que señalaba que esos procesos superiores sólo podrían abordarse mediante la aplicación de los métodos de la antropología y la historia. Dicho de forma breve, el propio fundador de la psicología llegó a sostener que lo que hoy consideramos el empeño de la psicología era imposible fuera de la consideración de la investigación histórica. E, incluso —ya en la etapa más madura de su biografía— en sintonía con otras visiones de su época, que la aplicación del método experimental a lo psicológico no podía ir más allá de ser una filosofía experimental, dejando para la historia el estudio de los seres humanos reales que sólo podrían ser considerados en el seno de su matriz histórico-cultural.

Dilthey fué incluso más allá, enfatizando la inmanente historicidad de lo humano y el carácter hermenéutico, de interpretación, de intento de *comprensión* del significado de las experiencias individuales. Este enfoque conducía a considerar como irrelevante la experimentación de laboratorio, y su desarrollo llevó a la formulación de psicologías comprensivas y humanistas que no se reconocen a sí mismas como psicologías científicas, al menos en el uso habitual del término.

El enfoque socio-histórico en psicología esbozado por autores como Vygotski, Luria o Leontiev toma un punto de vista diferente al de los anteriores, pues, desde la consideración de que los procesos psicológicos superiores son un producto histórico en una cuádruple dimensión —filogenética, sociogenética, ontogenética y microgenética— se propone abordar con el método de las ciencias naturales el estudio de la formación de la mente y la explicación de la conducta. Para ellos resulta fundamental establecer categorías de tránsito entre los tipos de conocimiento que ofrecen disciplinas como la antropología o la historia con los recursos que ofrece la propia explicación psicológica. Conceptos como los de actividad o instrumento de mediación tratan de conectar las prácticas culturales desarrolladas a través del tiempo con el desarrollo de procesos y habilidades individuales.

Estas tres formas de establecer vínculos entre historia

y psicología, quizás con la excepción de la postura de Dilthey, partían de la consideración de la historia como una entidad transcendental. Como un pasado que realmente existió. Como lo que realmente pasó antes en un tiempo ya irrecuperable. Incluso en ocasiones, como sucede con la filosofía marxista de la historia, como un proceso regido por leyes objetivas de una naturaleza determinista: una historia general o transcendental, con un *telos*, un fin inscrito en sus leyes ineluctables que se desenvuelve con la fuerza determinista de un *fatum* laplaceano. Esta noción del pasado, o de la historia si se prefiere, tiene algunas dificultades que necesariamente hemos de explorar antes de poder continuar.

Resulta trivial señalar que los acontecimientos del pasado están ya fuera del alcance de nuestra percepción presente. Sólo nos resultan accesibles mediante el recurso al recuerdo de los actores de esos acontecimientos, a las narraciones que nos ofrecen testigos que los vivieron o presenciaron, o mediante la manipulación de rastros que de ellos han quedado, rastros que los juristas denominan pruebas, o los historiadores documentos (textos escritos) o monumentos (objetos, edificios, etc.). En este último caso, esos rastros sirven para establecer a partir de ellos un relato plausible de lo que se pretende dilucidar.

Pero ese carácter del pasado como recuerdo plantea serios problemas tanto a la Historia como a la Psicología. ¿Los hechos, los acontecimientos, fueron *realmente* como nos los presenta el recuerdo? La psicología de la memoria y la psicología jurídica toman una actitud muy escéptica a este respecto. Ya desde Bartlett (1932) es perfectamente conocido el carácter constructivo de todo recuerdo, de manera que, lejos de ser un archivo inmutable de las experiencias pasadas, se ve alterado en las sucesivas rememoraciones, de manera que cada manipulación de la *huella* de memoria llega a modificarla hasta dejarla irreconocible. El intento de *dar sentido* al recuerdo en relación con las experiencias posteriores es uno de los factores de mayor importancia para explicar la modificación del recuerdo. Esto explica por qué las pruebas testificales tienen un carácter circunstancial en la atribución de culpabilidad en un juicio penal.

Parece ser que las distintas huellas de acontecimientos del pasado residentes en la memoria, al ser evocadas tienden a configurar una especie de *Gestalt*, una configuración total, una historia completa y cerrada en el seno de la cual a cada rastro, a cada recuerdo, a cada acontecimiento reconstruido, se le atribuye un significado. Esto se pone de manifiesto en trabajos sobre memoria autobiográfica, donde los acontecimientos tienen una saliencia, alcanzan una significación, en función de acontecimientos posteriores. Diríase que en una etapa de la vida unos acontecimientos aparecen como más

importantes que otros porque son considerados como relevantes para configurar nuestra identidad, nuestro yo, tal como lo entendemos en un momento determinado, mientras que en etapas posteriores, cuando nuestro propio ser se modifica, algunos acontecimientos pierden visibilidad, mientras otros la ganan en el intento de justificar ante nosotros mismos nuestro propio yo actual. Este fenómeno plantea algunas cuestiones interesantes para la psicología, pero, también son fuente de reflexión para los historiadores.

La memoria es considerada como un elemento fundamental para la constitución de la identidad propia. No podemos considerarnos a nosotros mismos como una entidad si no podemos construir frases en la el *yo* aparezca como sujeto de la experiencia o la acción. Ello precisa, a su vez, que se reconozca la permanencia de esa entidad a lo largo del tiempo, que trascienda al presente inmediato, que se sostenga la creencia de que mi yo de hoy es continuo respecto del de ayer, y ello requiere que la entidad biológica que subyace a ese sentimiento del *yo* recuerde mis experiencias y mis acciones de ayer. Igualmente, la entidad de un grupo social, una familia, una nación, o un grupo profesional se construye sobre su memoria colectiva, la memoria del *nosotros* en el que nos reconocemos. La historia aparece, entonces, como una formalización de la memoria colectiva, como una práctica profesional que construye conocimiento reglado sobre el pasado de esa colectividad. La Historia aparece, entonces, como una ampliación hacia afuera de la función psicológica de la memoria. Al igual que la memoria superior muestra la función del intelecto en la construcción de los recuerdos sobre las huellas del pasado, la Historia, como práctica profesional, construye los acontecimientos del pasado sobre los rastros documentales y monumentales que nos llegan con el auxilio de reglas de método que suministra la práctica historiográfica reglada.

Tanto la memoria como la historia nos ofrecen el pasado en forma de un relato. Este es un aspecto sobre el que recientemente ha venido llamando la atención Bruner (p.e. Bruner, 1991). Este autor señala cómo parece que existen dos modos de estructurar el lenguaje, el recuerdo: un modo narrativo y un modo declarativo. Mientras el primero es el género de las historias, de los relatos, de referirnos de manera *natural* a acontecimientos del pasado, de explicarnos lo que pasó; el segundo sería el modo de construir el conocimiento declarativo, lo que las cosas son y cómo funcionan. Algo así como los lenguajes *naturales* de la historia y de la ciencia, instanciados en el propio aparato psíquico de los individuos. Esto supondría, entonces, que habría dos facultades de producción de lenguaje diferentes. Una con presencia de

verbos intencionales, en la que se supone que los acontecimientos que se relatan son el resultado de acciones intencionales, de sujetos dotados de voluntad. Y otra, en la que las entidades que aparecen como sujetos de los verbos estarían despojadas de intencionalidad, carecerían de voluntad. Esta distinción parece implicar que el conocimiento declarativo, expresado en lenguaje no intencional —el que hace desaparecer no ya sólo las causas finales aristotélicas, sino el propio propósito de las entidades involucradas en acontecimientos, aunque éstas sean humanas—, tiene una naturaleza superior, es un conocimiento descontextualizado, es más objetivo, más verdadero.

Un examen del pasado de las culturas parece dar la razón a este punto de vista. El paso del mito a los saberes epistémicos, tales como la filosofía y la ciencia, ha supuesto un retroceso del lenguaje intencional, de la narración, respecto de las formas declarativas, desde los rayos como muestra de la cólera de Zeus a un fenómeno eléctrico natural explicable dentro de complejas teorías que modelizan el funcionamiento meteorológico. Desde la guerra de Troya como un conflicto entre dioses que utilizan a los seres humanos como marionetas para dirimir sus querellas, hasta las leyes economicistas de la historia o la lucha de clases.

Sin embargo, si bien esto parece incontestable si nos fijamos en las explicaciones que a lo largo del tiempo se han ofrecido de los fenómenos naturales, no parece tan claro si nos fijamos en la naturaleza discursiva de las propias explicaciones que se ofrecen. Tanto las explicaciones declarativas como las narrativas son acciones verbales de sujetos humanos referidas a acontecimientos percibidos. Tanto los mitos, como la historia, la filosofía o la ciencia existen como discursos, como emisiones verbales, como comunicación verbal o escrita entre emisores y receptores que son sujetos humanos. Tal vez la distinción que Bruner establece entre estos dos tipos de discursos no se deba a distintas *facultades* mentales, sino al desarrollo cultural, y al uso por los individuos, de distintos géneros literarios, de distintas formas de habla social.

La consideración de toda forma de conocimiento como discurso, como acción verbal, como comunicación, hace posible examinar a la ciencia desde algunas perspectivas novedosas. Por ejemplo, la crítica literaria, una disciplina académica cuyo objeto de estudio son precisamente los discursos escritos puede tener algo que decir sobre la ciencia como un proceso discursivo. Así se establece una *nueva alianza* entre la ciencia, la literatura y el arte, ya que todas ellas pueden ser consideradas como productos de la acción humana sobre su entorno.

Si la psicología pretende estudiar precisamente la

acción humana y ésta es multifacética, tiene varias opciones a su disposición. Entre ellas estaría el presuponer una facultad diferente para cada tipo de acción que se considere, o un *factor* intelectual para cada una de ellas, con el riesgo de multiplicarlos indefinidamente conforme las culturas se sofistican y el rango de actividades que los individuos pueden llevar a cabo en ellas se multiplica. O bien, tratar de ofrecer explicaciones generales que pretendan dar cuenta de todo el rango de posibilidades de acción de los sujetos humanos. La opción que aquí defiende es esta segunda.

Una de las formas de abordar este intento de explicación psicológica es fijarse en las características del producto que se ofrece, examinar el proceso de su producción y rastrear en el tiempo cómo este producto se ha construido tanto en el pasado de los individuos, como en el de la cultura en el que se desarrollan éstos. Dicho de otra manera, establecer un control de variables que nos permita contrastar hipótesis innatistas o constructivistas. Para ello el recurso a disciplinas como la antropología o la historia resulta muy interesante, pues permiten utilizar los conocimientos que ofrecen como materiales para la puesta a prueba de las hipótesis que acabamos de mencionar.

Sin embargo las cosas no son tan sencillas. La psicología en cada momento histórico, el nuestro entre ellos, pretende explicar las acciones de los individuos humanos que resultan de interés en ese momento (p.e. la conducta animal no era interesante para Wundt, o la representación mental para Watson). Para ello ha de tratar de describirlas de un modo tal que permita explicarlas. Esto implica que tanto la descripción, la conceptualización del fenómeno a explicar, es contingente respecto de los instrumentos de conocimiento de que se disponga, ya sean éstos heredados de aportaciones psicológicas anteriores (p.e. el concepto de *apercepción*), importadas de otras disciplinas (el concepto de *arco reflejo*, de *información* o de *procesamiento*), o construidos *ex novo* (*memoria icónica*). Esto hace que tanto el objeto como el propósito o los métodos de las diferentes psicologías que son o han sido sean variables en el tiempo y en el espacio y, también, en función de los intereses de los psicólogos y del entorno en el que éstos desenvuelvan su trabajo.

Si esto es cierto para la psicología, también lo es para la historia. No se trata tan sólo de que diferentes filosofías de la historia enfatizan el papel de los grandes hombres, de las leyes de la economía o del desenvolvimiento del espíritu universal, y de este modo constituyan los eventos, los hechos a explicar, y sus propios recursos explicativos, a partir de sus propios presupuestos básicos. Sino que, además, toda historia siempre tiene entre

sus objetivos la justificación del estado de cosas del presente, mediante la descripción del pasado y la explicación de las causas que nos han conducido al estado actual de cosas.

Antes nos referíamos a cómo la memoria autobiográfica selecciona los eventos relevantes y los incluye en una trama narrativa con objeto de dar sentido al propio yo, a la identidad actual. En la historia se da un proceso similar. La historia construye narraciones para explicar el presente, y para ello selecciona eventos del pasado, hace a unos más relevantes que otros, pues lo que pretende es dar sentido al estado actual de cosas. Toda historia es historia de algo (del barrio del Perchel, de España, de la tauromaquia o de la psicología), es imposible hacer historia de una entidad que no existe. Debe recordarse que una de las funciones de la historia —quizás la principal— es la justificación y el mantenimiento de una entidad. Por eso la historia no es políticamente neutral, ni los relatos que nos ofrece nos resultan indiferentes. Por ejemplo, no nos da igual que se hable del desastre de la Invencible o de la derrota de la Spanish Armada; igualmente no es casual que el número de volúmenes que tienen como título Historia de Andalucía se incrementa a partir de la Constitución de 1978, cuando Andalucía pasa de ser una denominación geográfica y cultural, a constituirse en una entidad política.

La historia ofrece narraciones con argumento. Si los mimbres de la historia están hechos entrelazando acontecimientos reconstruidos a través de evidencias empíricas, documentales o monumentales, el historiador le añade el argumento (Danto, 1985; White, 1973). La historia de España, por ejemplo, que nos ofrece un historiador no es políticamente neutral. Es la historia de la construcción y la decadencia de un imperio, de una entidad tolerante con las tres culturas (cristiana, árabe y judía), o de la unión de la cruz y de la espada en una cruzada para evangelizar el mundo en lucha contra el paganismo o el comunismo, dentro de la cual la inquisición ocuparía un papel perfectamente lógico; o una mezcla de varias de estas cosas, y quizás de otras muchas. Una narración en la que se entrelazan diversos temas y que, como todo cuento, narración o historia, evoca emociones e incluye una moraleja, tiene una implicación moral. No me parece que resulte descabellado pensar que los temas que se eligen no sean independientes de la moral que se pretende transmitir, ni que estos dos aspectos dejen de tener un papel relevante a la hora de seleccionar los propios eventos a incluir en la historia.

Parece, entonces, que el historiador no nos desvela el pasado, sino que lo construye a partir de los trazos que éste ha dejado, pero configurándolo mediante el añadido de un conjunto de propósitos de lo que, a veces, ni

siquiera es consciente, sino que le vienen dados por el entorno cultural en el que se desarrolla. Propósitos que no vienen dados al azar, sino que son un reflejo de las preocupaciones contemporáneas al autor, refractadas por las intenciones de su propia individualidad (Volosinov, 1986).

Esta visión de la historia que acabo de señalar pone de manifiesto que nunca habrá una visión terminada del pasado. Como señala Danto (1985), la significación de los acontecimientos del pasado viene dada por la explicación que atribuyen a los hechos de nuestro presente. Una vez que nuestro presente sea pasado para un historiador futuro, tal vez otros hechos diferentes del pasado alcancen una significación para el historiador de otro presente posterior al nuestro que no ahora no tienen para nosotros, mientras otros acontecimientos de nuestro pasado pueden perder entonces relevancia.

Si transportamos esto que estamos diciendo al plano de la moral, podremos decir que cada historiador construye la historia para justificar un presente que apunta hacia un futuro que se muestra como deseable, temible, ineluctable o susceptible de ser alterado mediante la acción. En otras palabras, la historia no es sólo un instrumento para dar significado al presente mirando al pasado, sino, también, un instrumento retórico para mover a la acción tendida hacia el futuro. Tiene el efecto de intentar persuadir al lector de la verdad del argumento que se le muestra, de manera que afecte a su forma de actuar en el futuro y, de esta manera, hacer verdadera esa interpretación narrativa que corre desde el pasado hacia el futuro.

A estas alturas del discurso podemos ya intentar desgarrar algunas conclusiones. Parece que la atalaya contemporánea interpreta el pasado y señala líneas de desarrollo para el futuro. Pero no hay una atalaya única. Diversos historiadores, desde distintas atalayas espaciales, temporales o ideológicas ofrecen interpretaciones diferentes de los mismos acontecimientos y tratan de convencernos de que actuemos de manera que hagamos cierta su visión del pasado mediante la construcción del futuro que ellos predicán, pues tendrán tanta más razón cuanto más caso les hagamos. Pero, a su vez, la interpretación histórica que ofrecen está teñida de sus intereses presentes que, a su vez, tiene su explicación en su propio pasado personal, del cual se puede ofrecer una explicación psicológica. Pero esta última se ofrece —y quizás no pueda ser de otra manera— desde una forma atemporal, declarativa de concebir lo psicológico. Toda explicación psicológica necesariamente está históricamente situada.

Parece, entonces, que la representación del pasado que tienen los individuos es un fenómeno estudiable

desde la psicología. A su vez, los conocimientos psicológicos, como cualquier otra forma de conocimiento social, están históricamente situados, tanto en un flujo de acontecimientos reales del pasado, como en una representación narrativa de éste. De este modo, el valor de verdad es temporalmente contingente. Parece, entonces, que historia y psicología ofrecen algo así como un juego de espejos en el que los conocimientos que cada disciplina ofrece, en lugar de poder fundamentarse uno en otro, se reflejan y distorsionan *ad infinitum*.

¿Qué conclusiones podemos establecer a partir de este argumento? En primer lugar, la consideración de que no debemos confundir diferentes sentidos de la palabra *historia*. No es lo mismo el pasado de lo que sucedió, que la representación del pasado, o lo que creemos vislumbrar como el guión del drama universal que pretendidamente se desenvuelve a lo largo del tiempo. Fijémonos que la propia idea de progreso implica el juicio de que determinados presentes son pragmática o moralmente mejores que algunos pasados, y esos juicios los hacen personas situadas en su presente y que, al mismo tiempo, defienden una determinada idea de futuro. Lo que sucede, si no se acepta la idea de una *historia transcendental*, es que tanto la interpretación del pasado, como la visión del presente y del futuro están siempre impregnados de los intereses del momento. Si esto es así, no tiene sentido apelar al juicio de la historia para que señale cuáles son las opciones de progreso, o para indicar que el futuro nos dará la razón. La historia no ofrece juicios, sino que éstos los producen los historiadores, de acuerdo con sus ideas situadas en un contexto socio-cultural inmediato.

Esto que acabamos de decir sitúa a la ciencia, y a la propia psicología, en un dilema. ¿Puede efectuarse un juicio transtemporal sobre la verdad o bondad de una determinada opción teórica? La respuesta no es fácil. Por una parte, cada uno tiene el derecho —y afortunadamente no hay manera de restringirlo— para emitir juicios sobre lo que le parezca oportuno. Pero, por otra, no parece posible que ese juicio pueda trascender la propia situacionalidad histórica de quien lo emite..., a menos que convenza a los demás de que tiene razón. Ello no convertiría a ese juicio en algo transcendentamente verdadero, pero le suministraría una vida tal vez más larga que la del sujeto que lo emite.

Por lo que llevamos dicho, parece que la consideración de la historicidad de la ciencia conduce a un relativismo absoluto, a considerar que todo producto epistémico, ya sea científico o histórico, es un artefacto retórico para mover a la acción, con un valor de verdad temporalmente contingente. Esto, sin duda, resulta inquietante. Pero el defender lo contrario sería sostener

una postura platónica que consideraría al sujeto humano como susceptible de acceder al mundo de las representaciones verdaderas de lo que las cosas realmente son.

Si bien cabría aceptar que la postura que aquí se presenta es relativista en comparación con un trascendentalismo platónico, habría algunas otras cosas a añadir. Por un lado, habría que recordar que la acción no es algo que preocupe únicamente a la retórica, sino también a la ética, y a la psicología. No en vano la psicología formó parte durante muchos años del tronco de las llamadas ciencias morales. Por otra parte, esta visión de la historicidad de los conocimientos hace una llamada a la humildad del científico. Lejos de la arrogancia positivista que pretendía construir una ciencia que poseyera al mundo, la visión que aquí se presenta del conocimiento científico es la de un diálogo que sujetos humanos desarrollan sobre el significado que atribuyen a su experiencia del mundo (vid. Díaz de Rada, 1994). Una concepción de la ciencia como un propio producto histórico, no como algo que acabe con la historia, que trascienda a la temporalidad. Una ciencia mundana, no una ciencia que posee al mundo.

Esto último que acabo de señalar conduce a la conclusión final que aquí pretendo exponer. La visión del pasado que ofrece la historia de la ciencia se asemeja a una sinfonía, a un diálogo que corre a lo largo del tiempo entre temas, instrumentos y voces muy dispares. Su propia sustancia está en el diálogo, en la discrepancia, en los argumentos y puntos de vista que se entrecruzan y que permiten acceder a diversas facetas de los inagotables objetos que tratamos de explicarnos y pretendemos comprender. Desde este punto de vista, resulta no solamente arrogante, sino risible, pretender acallar el diálogo que lleva a cabo la orquesta e intentar imponer un canto monódico. La propia sustancia del quehacer científico está en el diálogo, en la confrontación, pero, también en la tolerancia.

Esto es particularmente importante en el caso de la psicología, y de la confrontación entre ésta y su propia historia. Los grandes cambios paradigmáticos en psicología han sido cambios en el objeto de estudio (la conciencia, la conducta externa, los procesos de conocimiento, el sentido personal de la experiencia propia), en los procedimientos para su abordaje (la introspección, paradigmas experimentales diversos, la simulación por ordenador, o el análisis e interpretación del discurso), y en aplicaciones prácticas en diversos dominios sociales (clínica, trabajo, educación, entornos comunitarios). No parece que haya una única aproximación teórica que permita dar cuenta de todas estas facetas del fenómeno humano. Tal vez la pretensión de conseguir una teoría unitaria de la psicología sea no sólo una ilusión, sino una

pretensión inconveniente, pues necesariamente conduciría a dejar de lado facetas de lo psicológico que se muestran a través de diversos modos de abordaje.

La reflexión que aquí hacemos es también una llamada contra el reduccionismo. La psicología trata de buscar mecanismos explicativos de la conducta, y la estética de la ciencia natural parece implicar la necesidad de suministrar explicaciones de tipo mecanicistas. Ya Aristóteles y Santo Tomás señalaron que ello requeriría de un motor inmóvil que explicara el movimiento mecánico del mundo. La concepción mecanicista de la psicología conduciría a la contradicción de explicar mecánicamente la acción de los individuos, incluso la de los propios creadores de la psicología, de la ciencia, y de todas las acciones humanas. Ello conduciría inevitablemente a considerar la existencia de una historia trascendental con un guión fijo y determinado. Una implicación que no se le escapó a Leibniz. Por el contrario, si aceptamos una indeterminación en la conducta humana, si la consideramos abierta a la creatividad, necesariamente habremos de entender que el sujeto humano es activo, y de alguna manera libre, aunque no por ello deje de estar muy constreñido por su entorno. La consecuencia es clara. La psicología tiene que estudiar, entre otras cosas, la acción dirigida a fin de los sujetos humanos. No puede reducirlos a meros autómatas.

Como dicen Leahey (1980) o Koch y Leary (1985), tal vez en el futuro ya no hablaremos de psicología como una ciencia que pretende ser unitaria, sino, más bien, de estudios psicológicos que se dirigen a múltiples objetos de la psicología, utilizan métodos muy diversos, y desarrollan aplicaciones prácticas muy distintas. Desde esta visión la empresa de la investigación psicológica, en alianza con la empresa histórica, se contemplaría a sí misma como un diálogo continuo, si se quiere incluso como una confrontación, entre diferentes posturas. Pero un diálogo enriquecedor, en el que las diversas voces aprenden una de la otra, y crean así nuevos discursos. Un diálogo en el que siempre se espera la respuesta del otro, sin pretender acallararlo, sin pretender quedarse solo en un campo devastado. En definitiva, una concepción tolerante de la empresa científica en la que la polémica con otras posturas incluye siempre el respeto por el contrario.

REFERENCIAS

- Bartlett, F. C. (1932). *Remembering*. Cambridge: Cambridge University Press.
 Bruner, J. (1991). *Actos del significado*. Madrid: Alianza.
 Danto, A. C. (1985). *Narration and Knowledge*. Nueva York: Columbia University Press.

- Díaz de Rada, A. (1994). EL árbitro y el campo. En A. Rosa y J. Valsiner: *Historical and Theoretical Discours.* (pp. 56-64). Madrid: Infancia y Aprendizaje.
- Koch, S. y Leary, D. (1985). *A Century of Psychology as Science.* Nueva York: MacGraw-Hill
- Lcahey, T.S. (1980). *Historia de la Psicología.* Madrid: Debate.
- Prigogine, I. y Stengers, I.(1984). *La Nueva Alianza.* Madrid: Alianza Universidad.
- Volosinov, V.N. (1986). *Marxism and the Philosophy of Language.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- White, H. (1973). *Metahistory.* Baltimore: The John Hopkins University Press.